



Estado Libre Asociado de Puerto Rico
SENADO
Capitolio
San Juan, Puerto Rico 00901

*Inu en abris
Archivo
18 julio 80*

Héctor M. Hernández Suárez
Secretario

3 de julio de 1980

Sra. Inés Mendoza Vda. de Muñoz
Apartado 367
Saint Just
Trujillo Alto, Puerto Rico 00760

Estimada señora Muñoz:

El Senado de Puerto Rico en su sesión del miércoles, 30 de abril de 1980, aprobó por unanimidad enviar a usted la transcripción de las expresiones de los Senadores vertidas en el Hemiciclo con relación al fallecimiento de su esposo, don Luis Muñoz Marín.

Me complace acompañarle con la presente el documento contentivo de dichas expresiones.

Cordialmente,


HECTOR M. HERNANDEZ SUAREZ
Secretario del Senado

HMHS/cmm

Anexo



Estado Libre Asociado de Puerto Rico

SENADO

Capitolio

San Juan, Puerto Rico 00901

Héctor M. Hernández Suárez

Secretario

30 de abril de 1980

PRES. ACC. (SR. RIVERA BRENES): Se reanuda la sesión.

SR. NOGUERAS, HIJO: Señor Presidente.

PRES. ACC. (SR. RIVERA BRENES): Señor Senador Nogueras.

SR. NOGUERAS, HIJO: Señor Presidente, en el día de hoy nos hemos enterado por los medios informativos del país de la sensible, del sensible fallecimiento del insigne líder puertorriqueño don Luis Muñoz Marín. No creo que haya puertorriqueño que no reconozca que con motivo de esta pérdida de este gran líder existe una gran consternación y un gran duelo en el corazón de todos nosotros. Eso aplica a personas que le conocieron íntimamente como personas que le conocimos, aunque personalmente no tan a fondo como otros que fueron sus colaboradores y aplica también a aquéllos que en una u otra forma difirieron de sus conceptos y de sus enfoques.

Se trata de un patriota puertorriqueño que en el desempeño de su deber ofreció a Puerto Rico lo mejor de su talento, de su habilidad, de su profundo sentido de identificación con los problemas puertorriqueños.

Ocupa la Presidencia el señor Ferré.

SR. PRESIDENTE: La Presidencia desea expresar a nombre del Senado y en su carácter personal también el profundo sentimiento de este Cuerpo y de este Senador por el deceso del patriota puertorriqueño don Luis Muñoz Marín quien ocupó esta Presidencia por muchos años dedicando su vida al beneficio de Puerto Rico. Para nosotros es motivo de gran pena que la vida de tan ilustre puertorriqueño haya terminado, pero para todos los puertorriqueños

continúa siendo motivo de satisfacción su vida fecunda, plenamente dedicada al bienestar de Puerto Rico y de gran ejemplaridad para todos los puertorriqueños. Como adversario tuvimos discrepancias, pero las discutimos en el terreno objetivo de las ideas y los principios y jamás recurrimos a los personalismos. Por el contrario mantuvimos siempre un nivel de corrección y respeto a la dignidad humana. Este Cuerpo se siente profundamente triste, de luto, por la muerte de don Luis Muñoz Marín.

SRA. FERNANDEZ: Señor Presidente.

SR. PRESIDENTE: Senadora Fernández.

SRA. FERNANDEZ: Es un dolor grande el que estamos pasando los puertorriqueños en el día de hoy. Especialmente los puertorriqueños que estuvimos tan cerca de él, no solamente por haber lidiado en su mismo partido político porque don Luis Muñoz Marín trascendió todos los límites de política partidista, pero las personas que en nuestra propia carne sufrimos dolor, miseria, pobreza, rechazo en nuestros comienzos, nosotros los de esta generación que pudimos desarrollarnos, pudimos crecer, pudimos progresar gracias a las gestiones extraordinarias realizadas durante su incumbencia por don Luis Muñoz Marín tenemos que sentir una doble pena, un doble dolor, a pesar de tener la convicción absoluta, los que tenemos esa gran fe cristiana de que las personas como don Luis Muñoz Marín no mueren, viven eternamente en su obra, en sus ejecutorias; pero, señor Presidente, la separación material es dolorosa y nos gusta siempre, pues, tener cerca de nosotros a las personas que queremos y que admiramos y que respetamos.

América entera lo admiró y lo respetó. Fue un ejemplo de honestidad, de verticalidad, un hombre que defendió, como explicó usted mismo, sus principios y, aunque diferían de los suyos, siempre respetó sus posiciones. Nunca escuché a don Luis Muñoz Marín en un diálogo que no fuera de altura porque le hablaba a los puertorriqueños, no le hablaba a un partido político. Ojalá y su vida sea ejemplo para toda esta nueva política que está tan trastocada y que se van perdiendo tantos valores. Esta juventud de hoy que posiblemente no han conocido la vida, no conocen la labor realizada por don Luis Muñoz Marín porque desgraciadamente nuestra historia se ocupa de ubicarlos y proyectarlos cuando se mueren. Hubiera sido muy bueno que esta juventud de las escuelas, esta niñez, conociera o hubiera conocido la obra de don Luis Muñoz Marín para no verlo a través de un partido político, sino verlo a través de lo grande de su proyección, a través de lo grande de su obra. Y no creo que haya un profesional y un hombre humilde de campo de todas las esferas que no le deba algo a la labor ingente y extraordinaria de don Luis Muñoz Marín. Yo como mujer, como negra,

como pobre, cuando me criaba que había tantas dificultades para poder llegar, gracias a la obra de don Luis Muñoz Marín ocupó este puesto de honor que es un honor muy grande y ojalá todos pudieran interpretarlo así para que respetaran y admiraran una banca en el Senado de Puerto Rico. Gracias a él he podido llegar, como llegaron los jíbaros, como llegaron los pobres, como llegaron los descamisados.

Don Luis Muñoz Marín no ha muerto, él sigue viviendo en nuestro recuerdo y en su obra grande. Que descanse en paz. Y gracias, don Luis Ferré, por sus palabras maravillosas de este gran patriota puertorriqueño.

SR. PRESIDENTE: Señor Senador Danny López Soto.

SR. LOPEZ SOTO: Excelentísimos señores don Rómulo Betancourt y don José Figueres, expresidentes de la República de Venezuela y de Costa Rica. Compañeros del Senado de Puerto Rico, distinguida familia del ilustre puertorriqueño don Luis Muñoz Marín, el Senado de Puerto Rico se reúne en sesión fúnebre para unirse al duelo que hace llorar al pueblo de Puerto Rico con la partida de la vida terrenal, pero su ascensión a la vida espiritual del ilustre puertorriqueño don Luis Muñoz Marín.

El Senado de Puerto Rico se complace con la presencia de tan distinguidos invitados y asimismo se llena de dolor y hace llegar su expresión más sencilla de duelo a toda la familia de tan ilustre puertorriqueño.

Hablar de Luis Muñoz Marín no es tarea fácil. Se hace prácticamente imposible el hacer un relato breve de las múltiples emociones que generaron para el pueblo de Puerto Rico la vida, la trayectoria de tan ilustre puertorriqueño. Hablar de Muñoz Marín es hablar de la historia de Puerto Rico, es hablar de Puerto Rico mismo. Es hablar de una epopeya gigante que estremeció a nuestro pueblo y que dio lugar a que con su muerte física, nace una leyenda.

Luis Muñoz Marín ya no pertenecerá más a ningún partido político, ahora pertenecerá al futuro de Puerto Rico. A las generaciones que verán en cada expresión del desarrollo de nuestro pueblo, una expresión de la obra gigantesca de don Luis Muñoz Marín.

Luis Muñoz Marín fue nuestro cordial adversario, adversario a quien respetamos. Con quien coincidimos en el desarrollo de la lucha por lo mejor para Puerto Rico y de quien tuvimos que discrepar por razones que ahora no conviene mencionar. Luis Muñoz Marín significó una etapa en la vida de cada puertorriqueño que se lamenta con su partida, que siente que ha perdido algo de sí, que parece ser y que se agiganta su figura en forma tal que luce como si todos los puertorriqueños con su partida hubieran perdido un ser querido.

Es dramático cuando un pueblo entero, es dramático cuando un pueblo solloza, es dramático cuando un pueblo siente la partida de uno de sus grandes hijos. Es por eso que esta noche todos nos reunimos en esta sesión fúnebre para, quizás, con la expresión de gigantes del pensamiento de Latinoamérica como don José Figueres y como don Rómulo Betancourt, podamos en alguna forma cincelar dentro del recuerdo del Senado de Puerto Rico algunas pinceladas de lo que fue don Luis Muñoz Marín. Esta noche el Senado se viste de luto, esta noche nos unimos al dolor que embarga al pueblo de Puerto Rico y patentizamos con la expresión más solemne de nuestro Cuerpo reunido en pleno, el dolor que embarga al Senado de Puerto Rico.

Aquí esta noche no hay Mayorías ni Minorías. Aquí esta noche lo que está es el pueblo de Puerto Rico dándole un hasta luego a ese gran puertorriqueño. Muchas gracias, señor Presidente.

SR. HERNANDEZ AGOSTO: Señor Presidente.

SR. PRESIDENTE: Señor Senador Hernández Agosto.

SR. HERNANDEZ AGOSTO: Señor Presidente, excelentísimos señores don José Figueres y don Rómulo Betancourt, distinguidos invitados, familiares de don Luis Muñoz Marín, compañeros todos, hay soledad en nuestras almas, soledad que queremos romper con la compañía de esta angustia colectiva y no lo logramos, sigue habiendo soledad en nuestras almas. Un hombre extraordinario que ha tocado la vida de millones de puertorriqueños en su fructífera existencia, parte hacia las regiones de lo infinito. Y la presencia física de esa figura extraordinaria no estará aquí para servirnos de inspiración directa, para que su voz suene en nuestros oídos, para que su consejo llegue a nuestras mentes. Deja tras sí la más grande transformación de un pueblo hecha con el profundo amor que siempre le profesó, con la grandeza de su corazón y con su visión extraordinaria de lo que debía ser la vida buena de los puertorriqueños a los que él quiso tanto.

Don Luis Muñoz Marín no quiso ser miembro de un partido político, quiso ser siempre el líder de su pueblo. Más allá, mucho más allá, señor Presidente, que la dirección de un partido político, él se honraba en hablarle a su pueblo como puertorriqueño, de puertorriqueño a puertorriqueños. Su mensaje que debe ser cátedra obligada de toda persona que haga una incursión en el campo político, su discurso del 16 de noviembre de 1940. Había once (11) días que había ganado las elecciones por el voto de mayoría en el Senado con un empate en la Cámara de Representantes, don Luis Muñoz Marín, once (11) días después, le decía a su pueblo y cito de ese mensaje: "Así quería desde hace años tener la oportunidad de ser escuchado por mi pueblo, con ese espíritu le he hablado siempre, pero sabía que muchos me oían como quien oye al miembro de otra tribu política tratando de quitarle votos a la tribu política del

que escuchaba y eso hacía que mis palabras no pudieran ser enteramente útiles a mi pueblo, porque le eran demasiado útiles a mi partido que es solamente una parte de mi pueblo. Hoy ya no hay trincheras en las mentes de los que me escuchan para no dejar entrar en su entendimiento la verdad que puedan llevar mis palabras."

Hace cuarenta (40) años, llegando al poder por primera vez, se negaba a ser líder de un partido y reclamaba el derecho de ser líder de su pueblo. Y decía más este maestro extraordinario. Decía: "Nuestra responsabilidad ante nuestro pueblo no se limita al cumplimiento del programa, es responsabilidad de enseñanza y es responsabilidad de ejemplo. Los líderes del Partido Popular Democrático no podemos aceptar la demostración tremenda de renovación en el corazón de nuestro pueblo humilde y sencillo, sin registrar nuestra propia conciencia y hacer nosotros en nosotros mismos la renovación que sea necesaria en nuestras costumbres políticas, en nuestras maneras de hacer y ver las cosas para colocarlas a la altura en que se han colocado los campesinos y la gran masa del pueblo de Puerto Rico."

Hablaba el líder de un pueblo, hablaba el maestro de multitudes y de ahí, de ese discurso que, repito, debe ser lectura obligada, de ahí surge el derrotero de su curso en el gobierno. No gobierno de favores ni de privilegios, ni de halagos, es gobierno de justicia, la justicia que él le había predicado al pueblo de Puerto Rico, el privilegio es la negación de la justicia y así al campesino el salario justo por su trabajo, al maestro el sueldo por cada mes de trabajo, no sueldo por nueve (9) meses ni por diez (10) meses, la existencia es continua día tras día, mes tras mes y necesita el hombre todos los días para enfrentarse a la dureza de la vida. Al desamparado el techo para el que no tenía casa y las escuelas se abren y los hospitales se amplían y las fábricas se multiplican y de un pueblo con una juventud que miraba al horizonte y el horizonte estaba casi pegado a sus propios ojos, se amplía el horizonte y muchos de los que hoy ostentamos una profesión, no hubiésemos llegado a tenerla si no hubiese existido en Puerto Rico un don Luis Muñoz Marín que le hizo campo, mis queridas amigas, mis queridos amigos. Que le hizo sitio, señor Presidente, para que no hubiera cabeza en Puerto Rico que quisiera estudiar y no pudiera porque su familia no tenga los medios. Ya en la Universidad de Puerto Rico no había una verja de acero que no pudieran penetrar los hijos de los pobres. El corazón noble y la obra fecunda de Luis Muñoz Marín eliminó las barreras que hacía imposible que los pobres llegáramos a las universidades.

Ese Puerto Rico mucho mejor que hoy tenemos mucho, mucho mejor del Puerto Rico de nuestros padres, el Puerto Rico que tomó en sus manos Luis Muñoz Marín para transformarlo con su corazón, con su conciencia y con su cabeza, todavía no es el Puerto Rico que Luis Muñoz Marín soñaba. El Puerto Rico sencillo, laborioso donde nadie

tuviera más de lo que necesitaba, pero nadie tuviese menos que lo que necesitaba. Ese Puerto Rico libre de excesos todavía tenemos que cuajarlo.

Yo siento su ausencia, la siento profundamente, pero sé que en la carretera, en la escuela, en el hospital, en la fábrica, en la energía eléctrica, en la pluma, en el acueducto, Luis Muñoz Marín está presente. Luis Muñoz Marín sigue caminando por los campos y los pueblos de Puerto Rico en su obra grande, en su obra inmensa. Pero ese Luis Muñoz Marín sería un Luis Muñoz Marín estático si nosotros no hacemos otras cosas y Luis Muñoz Marín no era estático. El Luis Muñoz Marín dinámico que conocimos, que transformó nuestras vidas, ese Luis Muñoz Marín lo tenemos que llevar cada uno como puertorriqueños dentro de nuestras almas y convertirlo en realidad del futuro de Puerto Rico.

Cierro, señor Presidente, los ojos de la carne para abrir los ojos de mi espíritu y allá en el horizonte ancho que deja don Luis Muñoz Marín veo a un pueblo esforzado, trabajador, luchador. Veo allá en la cima de la montaña los campos verdes cultivados, la tierra produciendo alimentos para su gente. Miro allá en los valles, en las carreteras, las casas modestas y sencillas, pero con todo lo necesario para la vida buena. Veo salir en las montañas al jefe de familia en pos del trabajo, a ganar el pan de cada día con el sudor de su frente y veo sus hijos caminar tranquilos a las escuelas. Escuelas para todos y veo un pueblo tranquilo, no veo un pueblo tras rejas, veo a un pueblo en sana convivencia y veo un pueblo no solamente buscando su bienestar material, sino que lo veo en ese día de descanso. El padre y la madre con sus hijos, la familia toda camino de la iglesia, de la iglesia de su predilección. Ese pueblo sencillo y bueno, a esa imagen de pueblo sencillo y bueno dedicó Luis Muñoz Marín su inmenso corazón y si queremos tenerlo con nosotros, si lo queremos tener vivo, siempre vivo, señor Presidente, que en cada puertorriqueño más allá de líneas partidistas, en cada puertorriqueño haya un Luis Muñoz Marín que no quiera ser jefe de una tribu, que le quiera dar a los puertorriqueños de puertorriqueño a puertorriqueño.

Señor Presidente, estas palabras que salen del corazón de uno cuya vida tocó tanto y tan íntimamente a Luis Muñoz Marín no solamente en su quehacer colectivo, sino en la relación personal. Tengo que hacer ahora para terminar, señor Presidente, el recuerdo de estos momentos últimos de esa, de esos momentos inolvidables cuando a esta mujer extraordinaria, compañera de su vida, cuando todos creíamos que ella necesitaba consuelo, nos encontrábamos que ella venía a nuestro paso a darnos consuelo. Y en la funeraria cuando ya en su féretro salía para este Capitolio, vi mover su mano buscando otra mano y era la mía. Acercamos nuestras cabezas. Creí que necesitaba apoyo, me llevaba cerca de ella para darme consuelo

diciéndome: "El te quería mucho y esperaba mucho de ti." A ella y a él le digo; no podemos hacer menos que llevar por dentro para plasmarlo en realidad un Luis Muñoz Marín.

Muchas gracias, señor Presidente.

SR. PRESIDENTE: El pueblo de Puerto Rico se siente esta noche honrado con la presencia de dos (2) hombres de América. Dos (2) expresidentes, dos (2) buenos amigos de Puerto Rico, dos (2) líderes de la libertad y la democracia, dos (2) líderes del respeto y del amor a la dignidad del ser humano. Dos (2) hombres que fueron amigos íntimos, cordiales y colaboradores en el más auténtico sentido de la palabra de don Luis Muñoz Marín.

Esta noche están ellos aquí, han hecho un viaje especial para acompañar en los últimos momentos de estas exequias a la familia y al pueblo de Puerto Rico. Se honra este Senado con invitarles para que se dirijan a él.

Vamos a pedir en primer lugar a su excelencia, expresidente de Costa Rica, señor José Figueres, que nos dirija la palabra.

SR. FIGUERES: Señor Presidente, querido y respetado colega en América, Rómulo Betancourt, señora de Muñoz Marín, hijos e hijas de Muñoz Marín, amigos de Muñoz Marín, representados aquí por esta numerosa concurrencia y por la viuda de otro insigne puertorriqueño, puertorriqueño por adopción. doña Marta Casals, amigos todos de Muñoz Marín y, por lo tanto, de Puerto Rico.

Hay un pueblo en una pequeña isla del Caribe donde para honrar la memoria de alguien que además de ser el padre de la patria fue el dirigente de un partido político, se reúnen sus partidarios y sus adversarios. Hay un pueblo donde un gobierno de partido contrario acoge a los visitantes como si viniéramos a homenajear a un contrario de Muñoz Marín. Hay un pueblo donde se puede hablar sin temor del fundador de un partido que no es el que momentáneamente está en el poder, sin temor de ser agredido, puede ser en alguna forma menospreciado. Esto infortunadamente no es, aunque debiera ser, lo corriente en el Caribe. No es lo que debiera ser lo corriente en América. Esto es un paso más adelante de lo que son varios de nuestros pueblos de América Latina todavía, ahora al final del siglo XX. Este es un pueblo civilizado, éste es un pueblo de alta educación cívica. Y esa altura de educación se debe indudablemente a la naturaleza misma del pueblo puertorriqueño y en mucho a la labor educativa de Muñoz Marín.

Ha muerto un latinoamericano como pocos en la historia de América Latina. Ha muerto un hombre de cultura universal, de cultura de renacimiento, del nacimiento europeo. Poeta, prosista,

educador, conductor político, gobernante y por sobre todas las cosas, hombre de un corazón que casi no le cabía en el cuerpo, hombre de un corazón dedicado al pueblo puertorriqueño en primer lugar, a sus amigos de todas las nacionalidades, porque por todo el mundo fue conocido, a su familia desde luego y por sobre todas las cosas, dedicado su gran corazón a un concepto, a una concepción de lo que debe ser el Puerto Rico del futuro.

Si hubiera que buscar un nombre para darle un símbolo a América, para darle un símbolo de lo que debe ser, si hubiera que buscar a un hombre que esperamos que se repita de aquí a un siglo y de aquí a varios siglos, por todos los ámbitos de Puerto Rico y por todos los ámbitos de nuestra América, habría que pronunciar las palabras Luis Muñoz Marín.

Y si estuviera ahora aquí presente, ¿qué le pediría a los puertorriqueños? Les pediría a corto plazo, que procuren terminar la democrática campaña electoral en que están empeñados con el mayor grado de respeto mutuo posible. Que procuren en su memoria y en la memoria de varios otros ilustres puertorriqueños que han creído en la democracia, darle elevación, darle mutuo respeto, darle muestra de civismo a esta campaña electoral en que hoy están empeñados los puertorriqueños y que como todas las luchas democráticas tiende a dividirlos, tiende a herirlos los unos a los otros como pasa en nuestro país; que procuren, yo creo que diría Muñoz Marín si estuviera vivo, bajar el diapasón, si ha estado alto, que no sé de las polémicas de cada puertorriqueño a su contrario, a su adversario político. No puede haber juego de democracia sin respeto mutuo. Esas son las cosas que le salían del corazón a Muñoz Marín y que estoy seguro que hoy las repetiría. Y que si notara que alguno de sus partidarios estén especialmente acalorados o dolidos, como pasa siempre en nuestras luchas electorales, les diría "Compañeros, paciencia". A los contrarios les diría: "Puertorriqueños, prudencia". Y a todos les diría: "Puertorriqueños, patriotismo".

Muñoz Marín era tan grande y tan polifacético que logró juntar alrededor de sí un verdadero ateneo de pensadores puertorriqueños. Yo viví esa época en que aquí se encontraba una fórmula nueva en la historia de las instituciones políticas para arreglar la relación entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Y es que buscar fórmulas nuevas cuando las existentes y experimentadas no dan soluciones requiere genio y eso era Muñoz Marín, genio. Lo conocí varios años pensando si la culta Francia imitara en Argelia lo que ha hecho Muñoz Marín en Puerto Rico. Si la culta Francia buscara una fórmula de terminar su enorme problema en el Africa y evitar más matazones y evitar toda la violencia que hoy se desencadena en muchos de los pueblos del mundo, yo decía, si la culta Francia tuviera un Muñoz Marín, no habría problema de Argelia y le vino, le dijo el General De Gaulle, que encontró una fórmula nueva para terminar con una relación colonial inaceptable. Hemos presenciado algunos de

nosotros en nuestros países de América, la traída de matones, la traída de mercenarios para imponer las tesis de quienes gobiernan. ¿Qué clase de gente trajo Muñoz Marín a Puerto Rico si no fue lo más alto de la intelectualidad del mundo? Harvard se vertió sobre Puerto Rico y ayudó a redactar la nueva Constitución. De todas partes de donde había gente amante de la cultura y de la paz y de la democracia, vinieron a asesorarlo, a asesorar al ateneo que llamo yo, al grupo que trabajó con Muñoz Marín, a darle sus luces y a producir esa concepción que sin interferir, sin interferir en la lucha política del momento, ahora; sin opinar en lo que los puertorriqueños deben hacer con su vida presente y futura. Con todo respeto para quienes piensan que de ahora en adelante Puerto Rico debiera darse otra fórmula política, aquí vino, aquí se creó un concepto nuevo de la sociedad humana, un concepto nuevo de las relaciones entre un pueblo pequeño y un pueblo grande, las relaciones en que una excolonia y una gran potencia y eso, señores, es una creación enorme intelectual de este poeta y filósofo que fue Luis Muñoz Marín.

Pueblo de Puerto Rico, vicisitudes vendrán que tal vez dividan en nuevos grupos a los puertorriqueños, pasará un siglo, pasará más tiempo y esta unidad de corazones que hay entre todos los seguidores de Muñoz Marín, al menos, puede que se divida, puede que haya polémicas, puede que vengan distintas opiniones. Dificultades vendrán que dividirán a los puertorriqueños en sus luchas del futuro, en sus luchas sociales, en sus luchas políticas. Cada vez que este pueblo pase por una crisis, cada vez que este pueblo pase por una crisis que invoque un nombre, aunque sea un hombre de cien (100) o doscientos (200) años atrás, que invoque un hombre que supo solucionar la más grave crisis de la historia de Puerto Rico y que pide a Dios que venga otra vez Muñoz Marín a iluminar al pueblo puertorriqueño.

SR. PRESIDENTE: Muchas gracias, su Excelencia, don José Figueres, por sus sabias palabras y por sus bellos conceptos. Justamente, reafirmando su concepto del pueblo de Puerto Rico, yo quisiera señalar que este pueblo siempre ha resuelto sus problemas de manera tranquila y pacífica. Es el único conglomerado de América que jamás ha tenido una guerra civil. Y ello confirma sus palabras. Es una esperanza para Puerto Rico, de que siempre habrá de seguir por esa ruta de la mutua comprensión y de la solución pacífica de sus problemas.

Ahora, nos va a honrar con su palabra otro hombre extraordinario que ha hecho una obra maravillosa en el vecino pueblo de Venezuela, hombre querido por ese pueblo y querido por todos los hombres amantes de la libertad, su Excelencia, don Rómulo Betancourt.

SR. BETANCOURT: Señor Presidente de la Cámara del Senado de Puerto Rico. Viviana, Melo, Luisito, los nietos de Luis Muñoz Marín, señor Hubert Matos, representante de la democracia exilada de Cuba.

El agudo don Miguel de Montei, escribió hace siglos un pensamiento. En él dice que cuando los dolores son profundos en el hombre, tiende a librarse de ellos envolviéndose en una estúpida y profunda mudez. Los hombres que hemos entregado nuestras vidas a la lucha social no tenemos ese burladero, ese escapismo de quedarnos mudos, sino que sobreponiéndonos a nuestras profundas tristezas con en un puño el corazón adolorido, tenemos que hablar cuando ha muerto un hombre como Luis Muñoz Marín. Para mí no fue sólo el compañero en una misma trinchera ideológica, sino el amigo entrañable. Se han señalado muchas de las facetas de Luis Muñoz Marín, como hombre de pensamiento y de acción. Pero quiero destacar una arista de su personalidad singular. Luchó todos los días y todas las horas para lograr que su patria puertorriqueña disfrutara de un régimen de libertades, de democracia, de respeto a los derechos humanos, pero no se inquistó en el egoísmo lugareño de sólo preocuparse porque su pueblo tuviera libertades, bienestar económico, cultura, salud. Volvió los ojos hacia América Latina aplastada por dictaduras y en la década del '50, Puerto Rico se convirtió en el asilo de todos los hombres libres de América y de Europa. Aquí pudieron vivir, crear, Pablo Casals, Pedro Salinas, Luis Alberto Sánchez, Ciro Alegría, los argentinos, los dominicanos, los nicaragüenses encontraban en este pueblo acogedor y en Luis Muñoz Marín el estímulo, el apoyo, la solidaridad. Fui uno de esos millares de latinoamericanos que llegamos a Puerto Rico. Durante cuatro (4) años compartí el pan y la sal de esta tierra y de esta gente generosa, acogedora y buena, pero Luis Muñoz Marín e Inés María, su compañera extraordinaria, tuvimos una receptividad afectuosa, comprensiva de un hombre que estaba convencido de que no es cierta la tesis de que los pueblos latinoamericanos están condenados por ciertas razones de historia, de raza y de clima a vivir bajo el yugo de los déspotas y cuando vinieron, se sucedieron a partir de 1958, los procesos de recuperación de las libertades en América Latina y, entonces, se pudo ver cómo llegaban a jefe de estado, a ministro, a parlamentario, hombres que habían vivido exilados en Puerto Rico. Y en esa época no era que actuaba Muñoz Marín por seguidismo al gobierno metropolitano. Era la época dolorosa en que el Departamento de Estado agasajaba, festejaba, condecoraba a los dictadores y perseguían a quienes luchaban contra la dictadura. Es explicable por qué Luis Muñoz Marín recibió cálidas demostraciones de simpatía y de gratitud. Aquí voy a decir por primera vez que cuando viajé como Jefe de Estado en una visita oficial a los Estados Unidos, programé una primera escala en Puerto Rico. No John F. Kennedy que era hombre abierto a los aires renovadores de los nuevos tiempos, sino gente de mentalidad pasatista en el Departamento de Estado objetaron que yo hiciera esa escala en Puerto Rico y recuerdo como le dije al Embajador de los Estados Unidos en Caracas, Alan Steward: "Comunica a tu gobierno, Alan, que yo voy primero a Puerto Rico en mi visita de Estado y si esto se considera que no es correcto, de San Juan me regreso a Caracas".

Mucho he escrito ya en mis memorias próximas a circular sobre la amistad y el intercambio de ideas y de impresiones que mantuvimos a lo largo de los años, desde el 1949 hasta hoy Luis Muñoz Marín y yo. Reuniones en Nueva York, después en Puerto Rico en el frío Jájome, en la playa, encuentros en Europa, en Berna donde podíamos disfrutar del placer de caminar solos sin custodia ni guardaespaldas por las calles de la vieja ciudad historeada y cada vez que nos reuníamos la conversación versaba fundamentalmente sobre una renovada fe en la capacidad de nuestros pueblos para ir creciendo, desarrollándose, alcanzando metas cada vez más altas de cultura y de bienestar dentro de la democracia y la libertad. Este es un ejemplo fundamental que deja Luis Muñoz Marín. Cuando veía desfilando las largas colas de gente, unas llevando una rosa, otra apenas tocando el ataúd pienso, pensaba que Luis Muñoz ya es el padre de la patria puertorriqueña. Los adultos, los niños, los bisnietos de esos niños de hoy volverán la mirada hacia el ejemplo de hombre consagrado a trabajar y a luchar por su pueblo a través de los siglos. No deja riquezas materiales, no se preocupó mucho nunca por amasar dinero. Su tarea fue lograr para su pueblo puertorriqueño una buena vida, esa palabra tan suya, la palabra bueno. Recuerdo que cuando alguien le decía en mi presencia, es que se necesita sangre nueva en la política, él le contestó: "Lo que se necesita es sangre buena".

Termino ya, termino diciéndoles que el más triste, que el puertorriqueño que se sienta más triste, no tiene una tristeza superior a la mía.

SR. PRESIDENTE: Gracias, Su Excelencia don Rómulo Betancourt, por esas palabras sabias que sé que salen de su corazón, porque usted convivió con los puertorriqueños y sé que tiene en el corazón suyo un hueco que está lleno de cariños puertorriqueños. Usted nos ha honrado grandemente con su visita, porque usted es uno de esos grandes hombres que ha demostrado que los pueblos de sangre latina también pueden gozar de la democracia. Y es usted el que ha creado la democracia en Venezuela.

Al decir hoy estas palabras en homenaje póstumo al hombre que por ocho (8) años prestigió la Presidencia de este Cuerpo en este estrado, lo hago con el corazón cargado de pena, para reconocer la obra ingente de su esfuerzo en este recinto legislativo.

Difícilmente hay alguien que mantuviera tan larga e intensa controversia con Luis Muñoz Marín. Discrepamos en el campo de las soluciones políticas de nuestro destino, pero ambos coincidimos en que la unión permanente con los Estados Unidos, aunque por rutas distintas y el goce de la común ciudadanía americana, eran esenciales para la supervivencia y progreso de nuestro pueblo al amparo de las grandes instituciones democráticas que han servido para orientar al mundo por el camino de la libertad y el respeto a la dignidad humana.

Coincidimos también en el objetivo de lograr justicia social. Una mejor distribución de la riqueza, la más alta calidad de la educación, el más acendrado amor por los valores culturales de nuestro pueblo y el deseo de darle supremacía en la vida al goce de los valores espirituales sin abandonar el desarrollo de la producción de la riqueza para el goce de los servicios materiales necesarios para la salud y la subsistencia.

Pero por encima de todas las ideas que nos puedan, o nos pudieran unir o separar, tengo la convicción de que Muñoz Marín sintió siempre un profundo amor por nuestra tierra y por el goce de una auténtica libertad.

El amó con fe inquebrantable la libertad personal del individuo. Su emancipación de las cadenas económicas que muchas veces le impiden una convivencia feliz dentro de la sociedad de que forma parte. Su destaque contra la opresión de las injusticias impuestas por los egoísmos. Pudiendo haberse hecho rico con su inmenso talento y su extraordinaria capacidad administrativa, se conformó con vivir también en una sencillez serena, casi como un ermitaño. A su alrededor, no obstante, brillaban las riquezas que él ayudó a nuestro pueblo a conquistar. Se esforzó en impartirles sentido real a las bellas palabras. Buscó los datos concretos, trató de construir sobre las rocas, entretejió los sueños de su juventud con las realidades de su madurez para darle elevación a sus afanes y esclarecida calidad a su vida.

Su acrisolada honradez corría pareja con su valor moral, demostrado una y otra vez en sus decisiones y hasta en sus rectificaciones. No vaciló nunca en dar el primer paso hacia nuevas iniciativas. Jamás supo lo que es marchar con la frente baja ni retroceder por miedo.

Tribuno de primerísima categoría, polemista no superado en ningún momento de nuestra historia, luchador infatigable, era hombre capaz como lo demostró, de abrirse sus propios caminos con sus propias fuerzas. Amado de las musas, cultivador del buen gusto, alma refinada, era hombre que hacía de su conversación una cátedra amena y alegre. Fue un vigoroso líder que desde muy temprano comprendió que el pueblo se compone de gente y no de intereses. Entendió que la gente va primero, la persona de carne y hueso, la que lleva un chispazo de Dios en el alma. Esa es la que tiene que provocar la atención del líder.

Muchas veces coincidimos y otras muchas veces discrepamos en nuestras actividades políticas, pero nuestras discusiones y nuestras discrepancias se mantuvieron siempre en los más altos niveles de respeto mutuo y del decoro.

Fue líder porque nació para líder. Con todas las dotes necesarias para serlo. Fue líder porque puso su empeño en sacar al pueblo de la pobreza. Fue líder porque tenía la necesidad espiritual de servirle a su país desinteresadamente, sacrificadamente. Y tuvo la fortuna de encontrar una compañera que lo ayudó a desplegar toda su grandeza, doña Inés María. Mujer de fina inteligencia y elevados sentimientos que lo alentó en sus campañas y compartió con él lo mismo triunfos que amarguras. Como si el bien del pueblo no fuera suficiente acicate para él, ella también fue una noble inspiración constante. Y aquí a sus hijos, hoy les hacemos este reconocimiento para que lleven el mismo a su madre.

Me honré con la amistad personal de Luis Muñoz Marín y también me honré como contendiente suyo, porque se siente uno crecer cuando se enfrenta a un hombre grande como él. Cada cual por su lado trató de obtener lo mejor para Puerto Rico y a veces lo tratamos trabajando juntos, como lo hicimos en la Asamblea Constituyente en este recinto y luego en la Comisión Congressional para el status de Puerto Rico en el Congreso.

A sus argumentos oponía mis argumentos. A sus razones oponía mis razones y ahora, encuentro el diálogo cortado. El ocupaba un sitio excepcional en el cuadro de mi pensamiento como político. Ya el cuadro no será el mismo sin él.

Con toda mi alma me uno a su distinguida familia en este momento de duelo y como puertorriqueño siento que su tragedia es mi tragedia.

Hombres como Luis Muñoz Marín no se producen a menudo. Por eso hay que abrazarse a su memoria para que su vida sea ejemplo a la juventud de lo que es la democracia.

Hoy, por encima de las discrepancias y convicciones que nos dividieron, me acerco a su recuerdo y me abrazo con él más estrechamente de lo que hiciera nunca físicamente con el glorioso patricio durante su vida tan estrecha y cálidamente como sé y como espero que se esté abrazando con él, la pura conciencia del pueblo porque en él lo dio todo nuestro buen pueblo puertorriqueño.

